



Queridos amigos:

Después de darle muchas vueltas me decido a iniciar una pequeña trilogía en torno al amor, a tres dimensiones básicas del amor (quizá se conviertan en cuatro) que están detrás de la forma concreta en la que todos vivimos, aunque lo habitual es que trabajen en nosotros sin que nos demos cuenta de ello. Hoy quiero hablaros del amor por las cosas. Por esto y aquello que está a nuestro alrededor. Por aquellas que son compañeras permanentes y las que fugazmente atraviesan nuestra vida.

El amor siempre proviene en sus inicios de la sorpresa, de la inesperada aparición de algo que nos atrae, que nos despierta de la cotidianidad del fluir de la vida. Hay veces que no nos damos cuenta de esto hasta que desaparece, pero entonces percibimos que su presencia nos tenía despiertos, que era sorprendente, que nos sostenía. Ésta es la razón de que en las relaciones humanas la monotonía tiende a agotar el amor. Pero esta monotonía no nace propiamente del paso del tiempo, sino de la pérdida del asombro ante la realidad cotidiana y de su compromiso con ella.

El amor es quizá en primer lugar querer la compañía de esto que nos asombra, necesitarla. Buscar recoger esta luz que desprende y que nos despierta, que nos hace vivir vivos, sonrientes. Esto no lo dan las cosas por sí mismas, necesita una disposición, una voluntad de abrir la puerta del interior cuando llaman con su presencia. Y también una delicadeza de trato que no las vuelva vulgares antes de tiempo. Por eso para amar las cosas hay que acogerlas con respeto, mirarlas como a viajeros que llegan y, aunque les cueste hablar tu idioma, te dan acceso a nuevos mundos. Da lo mismo si es una nueva habitación o el ordenador o un plato de comida o una papelería... la cuestión es cómo las miramos. Parece un poco estúpido dicho así, pero...

Las cosas no nos aman, sólo se nos entregan con todo lo que son para acrecentar nuestra vida, para sostenerla, para que la ahondemos, para que la disfrutemos. Un pantalón, un libro, la acera que pisas cada día, la silla, la cerveza... la luna. Y no piden nada a cambio, por eso podemos despreciarlas, tratarlas sin respeto, porque no nos contestarán, no pronunciarán una sola palabra de recriminación, pero entonces las convertimos en algo vulgar, vulgarizando nuestra propia vida. Por otro lado, a veces guardamos cosas que ya no sirven porque se han estropeado, que ya no cuadran con nuestra edad..., pero en las que se ha depositado toda una historia vivida. En esos casos sentimos todo su valor, son el espejo de lo que hemos sido, de lo que hemos querido ser, de lo que somos, todo en su mejor versión. No son despreciables aunque las tengamos finalmente que tirar, y lo haremos con cierta melancolía.

La pregunta es por qué no tratar así cada cosa que se cruza con nosotros, hasta hacer de ello un hábito inconsciente. Este amor por las cosas, esta sorpresa ante ellas, este cuidado hacia ellas no es otra cosa que la capacidad de sentir la belleza, la armonía, la generosidad del mundo con nosotros. No sería bonito tratar o sentir así la comida (¿no sentís de vez en cuando cómo la despreciáis en vuestro trato con ella?, pero no es mi intención reñiros), nuestro armario, los apuntes, las puertas, el frescor de la mañana,...

Siempre que damos amor a las cosas éstas no sólo nos devuelven su funcionalidad, sino que nos hacen entrar en ese mundo que vio Dios cuando terminó su creación y la puso en manos del hombre para que la disfrutaran cuidándola. Entonces -dice el relato bíblico- *lo que había hecho y dijo. Está muy bien.* Y esto es lo que decimos nosotros cuando vivimos así. Cuando se ama así hasta lo que parece despreciable se vuelve hacia nosotros y se nos revela como un instante nuevo de vida. Lo contrario es seguramente la monotonía, la vulgaridad, el aburrimiento en el que tendemos tantas veces a encerrarnos perezosamente.

Recibid mi saludo y mi oración de siempre. Paco.